

# Introducción

Nuestro sistema actual de las artes está sometido a continuos cambios. Desde comienzos del siglo xx se han ido incorporando manifestaciones artísticas que antes no existían, a la vez que se han ampliado los límites de lo que se entiende por arte. La sentencia, ya clásica, de que «arte es aquello que todos saben lo que es», contenida en el *Breviario de estética* de Benedetto Croce (1913), pone de relieve que no podemos definir qué es arte (ni el DRAE parece capaz, pues sus nueve acepciones de la edición de 2014 nos dejan sin aclarar el término). Sin embargo, la desazón que nos produce no poder establecer los límites de lo que es arte, lo que nos lleva a admitir por tal casi cualquier cosa (o sin el casi), no parece afectar al Renacimiento, que se ha convertido en una referencia a la hora de definir el «buen arte». Históricamente hay acuerdo general sobre el significado del término: volver a nacer las artes; sobre cuáles eran estas: pintura, escultura y arquitectura; sobre su aparición: comienza en el siglo xv en Italia, y en el siglo xvi en los demás países europeos; sobre su origen: Florencia; sobre que Italia no tuvo rival en las artes durante dos siglos, y sobre su primacía en la historia del arte. Sin embargo, estos presupuestos, por más que estén arraigados, o precisamente por ello, deben ser matizados.

Vasari, a mediados del siglo xvi, determinó que desde la Antigüedad clásica no había habido arte que mereciese ser tenido por tal hasta el Renacimiento [1]. La Edad Media habría sido una época (mil años) perdida para las artes, pues ninguna de sus manifestaciones merecía la pena y hubo que esperar hasta su renacimiento. Esta forma de pensar, monolítica, se mantuvo durante siglos y, en muchos aspectos, incluidos los académicos, sigue teniendo gran aceptación, como lo tiene la idea de



1. Giorgio Vasari, *Le Vite*, 1550

que hay artes mayores —pintura, escultura y arquitectura— y menores. Reivindicado el arte medieval, es inadmisibles establecer comparaciones por razones de estilo (otro invento de Vasari), aunque los esfuerzos por convertir en renacentistas obras que no lo son superan lo imaginable. Poner la etiqueta del Renacimiento a un edificio, atendiendo a una decoración añadida, por más que la estructura sea medieval, se convirtió en afición principal de no pocos historiadores. Una pintura tampoco es renacentista porque el artista haya introducido una forma tomada de una estampa en un conjunto fiel al simbolismo medieval y, por lo tanto, ajeno al interés por la realidad.

No todo es Renacimiento, pero, al mismo tiempo, es más que lo emanado de Italia. En el siglo xv, a la vez que se produjo la eclosión del nuevo arte en Florencia, la búsqueda de la realidad se estaba dando en las artes en los Países Bajos. Mientras Brunelleschi concebía su *Sacrificio de Isaac*, Claus Sluter esculpía las figuras del *Pozo de Moisés*, y a la vez que Masaccio pintaba la *Trinidad*, Jan van Eyck trabajaba en la *Adoración del Cordero Místico*. Esto supone un cambio muy importante en la concepción tradicional de que el origen estuvo en Florencia y de que todos los demás centros fueron deudores. Asimismo, contradice la idea de que hubiese que esperar un siglo para que saliera de Italia. Es cierto que los principios teóricos de los italianos no tuvieron eco en otros países durante el siglo xv y que, a la postre, determinaron cualquier manifestación artística, pero estos principios querían establecer, y así lo hicieron, las normas para captar la realidad, no cambiar el simbolismo medieval por mimesis de la naturaleza, pues esto ya había ocurrido décadas antes del primer tratado, tanto en Italia como en Flandes.

Ponderar el peso del Renacimiento del norte en el siglo xv no es nuevo, aunque no toda la historiografía, ni mucho menos, acepte el arte flamenco como renacentista. Mayor radicalidad tiene defender que Italia no fue el único centro y careció de alternativa durante el siglo xvi. Desmontar el paradigma vasariano no es fácil. Sin embargo, Leonardo se marchó a Francia, y después del Saco de Roma muchos artistas siguieron su camino, con lo que la corte de Francisco I se convirtió en un centro artístico de primer orden, superado a mediados de siglo por la corte imperial. Para Carlos V y su hermana María de Hungría trabajaron artistas de la talla de Tiziano o Leone Leoni, con lo que el centro se

desplazaba a Bruselas o a las diversas ciudades donde se aposentaba el emperador. Por su parte, Felipe II reunió a un considerable número de artistas italianos en la obra de El Escorial, que se convirtió en un foco artístico de enorme importancia. Todo esto se ha relegado por una historiografía italo-céntrica, cuando debe ser considerado, por tratarse de una realidad histórica que no se puede obviar.

Llamar la atención sobre estos aspectos no ha tenido una gran fortuna crítica, pues parece atentar contra unos principios fundamentales que, de trastocarse, harían perder el aura al Renacimiento. Y es que, más allá de los gustos personales, este periodo no produce rechazo en nadie, algo que sí ocurre con otras manifestaciones artísticas. Seguimos siendo vasarianos cuando ponemos a los periodos clásicos, la Antigüedad y el Renacimiento, como las etapas preeminentes de las artes. Mas no solo fue Vasari; los hombres del Barroco estaban convencidos de seguir siendo renacentistas, de mantener a la naturaleza como objeto de las artes, y si bien es cierto que acabaron apartándose totalmente del clasicismo del Alto Renacimiento, no lo es menos que los manieristas hicieron lo mismo; aún más, obviaron la naturaleza como modelo para centrarse en las formas de los que les precedieron.

No se trata de hacer revisionismo; un libro de estas características no lo busca. Sin embargo, sí se ha querido llamar la atención sobre algunos problemas mal resueltos o apenas formulados. Los dos siglos que se conviene abarca el Renacimiento son muy largos y hay muchos cambios, y esto es lo que se ha querido subrayar. Se ha tratado de resaltar las principales manifestaciones artísticas y a sus creadores, con especial hincapié en Italia, sin duda el principal foco artístico durante el periodo, si bien el arte y los artistas de los Países Bajos y de otros lugares, lejos de ser una adenda, tienen el protagonismo debido. En cualquier caso, ha habido que elegir, y la elección siempre es subjetiva. No obstante, si no están todos los que son, sí son todos los que están, tanto artistas como obras. Asimismo, se ha llamado la atención sobre los principales comitentes y las teorías artísticas que fundamentaron una época que denominamos con una bella palabra: Renacimiento.